

LA ALEGRÍA COMO FUNDAMENTO ONTOLÓGICO DE UNA BONANZA PEDAGÓGICA

JOY AS AN ONTOLOGICAL FOUNDATION OF A PEDAGOGICAL BONANZA

Araque Escalona, Juan Carlos*
Riera Montenegro, Mayra Verónica**
Riera Montenegro Sandra Germania***
Garzón González Johana Anabel****
Universidad Técnica de Cotopaxi. Extensión Pujilí
Ecuador

Resumen

El presente artículo es el resultado de la reflexión en torno a la alegría y felicidad a nivel educativo, pues hacia la misma ocurre algo similar a la tonalidad de un color, bastará ver la cantidad de luz que recaiga sobre él para percibir un tono específico de dicho color. Ello se dice en función de que en pequeña, mediana o mayor medida los estudiantes llevan consigo un grado de alegría que el maestro deberá saber aprehender redireccionándolo al aprendizaje o adquisición de saberes. En concreto y de manera significativa, tanto estudiantes como maestros felices son la consecuencia lógica de contextos específicos, pero sobre todo el efecto de claras determinaciones en que las personas deciden ser diferentes.

Palabras clave: Alegría, felicidad, fundamento ontológico, pedagogía.

Abstract

This article is the result of reflection around joy and happiness at an educational level, since occurs something similar to the hue of a color towards it, it will suffice to see the amount of light that falls on it to perceive a specific tone of aforementioned color. This is said based on the fact that to a small, medium or greater extent the students carry with them a degree of joy that the teacher will be able to know how to apprehend, redirecting it to learning or the acquisition of knowledge. Specifically and significantly, both happy students and teachers are the logical consequence of specific contexts, but above all the effect of clear determinations in which people decide to be different.

Keywords: Joy, happiness, ontological foundation, pedagogy.

*Profesor en Lengua y Literatura de la Universidad Pedagógica Experimental Libertador. MSc. en Literatura Latinoamericana (Universidad de Los Andes). Doctor en Cultura Latinoamericana y Caribeña (Universidad Pedagógica Experimental Libertador). <https://orcid.org/0000-0002-2684-7889>. Universidad Técnica de Cotopaxi. Extensión Pujilí. Pedagogía de la Lengua y Literatura. juan.araque9454@utc.edu.ec

**Licenciada en Ciencias de la Educación Mención Educación Parvularia (Universidad Técnica de Cotopaxi). MSc. en Educación con Énfasis en Investigación Socioeducativa (Universidad de la Sabana, Colombia). E-mail: mayra.riera2308@utc.edu.ec

***Licenciada en Comunicación Social por la Universidad Técnica de Cotopaxi. Magíster en Periodismo y Comunicación Digital (Universidad de la Sabana). sandrariemo@unisabana.edu.co

****Licenciada en Educación Inicial. Licenciada en Psicología Infantil por la Universidad Nacional De Loja. Máster en Docencia Universitaria (Universidad de las Fuerzas Armadas ESPE). Máster en Psicopedagogía por la Universidad Internacional de La Rioja. johana.garzon@utc.edu.ec

Finalizado: Ecuador, Enero-2022 / **Revisado:** Febrero-2022 / **Aceptado:** Marzo-2022

Ser feliz parece hoy día una meta difícil de alcanzar, ello se duplica cuando lo llevamos al ámbito escolar y académico en el que más de un estudiante parece estar obligado cumpliendo con deberes que no solamente le impone la familia sino todo un estamento social y educativo. El maestro feliz y comprometido con su arte de enseñar se encumbra entre pocos en la cima de una cultura actitudinal a la que pocos logran llegar. En consecuencia, esta difícil facilidad de enseñar bajo una fina estampa de felicidad deberá gestarse en un cálido espacio de libertad, sabiéndose cada actor involucrado consciente de la meta a alcanzar.

Cada experiencia educativa, y si es permitido, cada momento vivido, es irrepetible, en el sentido de que será vital aprovechar cada segundo histórico en el devenir de un ser sentipensante. Justo allí traeremos a colación las sutiles palabras de Kandinsky (1989) quien acertadamente manifiesta que el buen accionar “la mayoría de las veces se convertirá en madre de nuestros propios sentimientos” (p. 7) permitiendo que podamos formarnos y a la vez granjearnos un quehacer educativo más loable y favorable para nuestros estudiantes. En suma, tendremos que ser capaces de desarrollar actitudes suficientemente fuertes para llevar por el sendero justo a aquellos estudiantes que lejos de ver en la educación un proceso de aburrimiento total sean capaces de seguir aquel camino que de modo amoroso le ha mostrado un maestro ingenioso y propositivo.

Muchos de los obstáculos que se presentan en el camino de un docente se deben a la desacertada repetición de esquemas, muchos de ellos apuntan al hecho de copiar tácticas y estrategias que algún día vimos en un maestro. Lo anterior nos conduce a vislumbrar un proceso carente de modelos experimentales y auténticos por parte de mediadores obnubilados o lo que es lo mismo, conciben proyectos que desde el vientre vienen sin vida. Tal carencia se va ramificando al punto de impedir que cada

educador pierda el norte de la fe en sí mismo, llevando consigo a cuestras el pandémico germen de lo inauténtico en tanto sujeto estático e involutivo.

Para nosotros, es de suma vitalidad reflexionar en torno a la forma en que los estudiantes alcanzan un nivel pleno de alegría áulica, fundado, tal como lo anuncia nuestro título, desde el ser de cada alumno. Justo allí diremos que la alegría áulica es desplegada por el maestro, sin lugar a dudas nos proponemos enunciar en este escrito algunas premisas posibles de materializar en cualquier salón de clases, eso sí, siempre y cuando este último se vea movido a actuar para generar dicha situación emocional de corte positivo. En consecuencia, y aunque la persona tenga poco buen humor siempre habrá un resquicio por el cual dejar filtrar un rayo luminoso de alegría, aunque el punto de gozo y placer sea diminuto frente al gran círculo de la circunspección y el mal humor se deberá aprovechar para disfrutar en el aula y hacer del conocimiento una praxis desigual.

Digamos que el docente es capaz de emanar fuerzas espirituales que sus alumnos una vez distanciados serán capaces de interpretar de la manera más significativa. Eso que percibe, interpreta y reproduce el alumno es una verdad híbrida pues el receptor habrá fusionado sus horizontes de sentidos, por una parte, lo que interprete luego de escuchar a su maestro y por la otra su comprensión en tanto acto compartido con sus semejantes. En síntesis, se trata de establecer elementos de comprensión y convivencia con el otro como proyecto propositivo de relaciones en el aula.

El maestro es el gran artífice de la evolución humanística, junto a él ha caminado el progreso desde lo científico en tanto comprobación y lo artístico en tanto ingenio y posibilidad imaginaria. En ese particular, diremos que el primer progreso del ser humano es comprender al otro y aceptarlo en un sentido de reciprocidad, que el otro no nos sea ajeno ni extraño, para ello será necesario que el sujeto en tanto mediador

posea una identidad amplia y receptiva, sólo así se llevará a cabo el milagro que Ricoeur (2006) llamará “dialéctica del sí y del otro distinto de sí” (p. xiii-xiv). Esta comunicación no necesariamente tiene que ser de acuerdos con el otro, pero sí de reconocimiento y hasta de completud si el mismo y el otro se comprenden de manera equilibrada.

Un docente que promueve la alegría teje al otro hasta imbricarse junto a él en esa fusión necesaria para consolidar procesos educativos mucho más dinámicos y originales en sí mismos. Maestros y estudiantes serán capaces de constituirse ontológicamente siempre y cuando haya implicación entre ambos, salvando de allí una relación de iguales y no de contrarios como ha sido la clásica jerarquización que históricamente hemos conocido. La igualdad, vista desde la alteridad en un proceso que nos permitirá desdoblarnos hasta mimetizarnos en el otro, desde los predios del otro incluso nos descubriremos pues solo a partir de su humanidad y sus sentidos lograremos mover capas en nosotros mismos.

La alegría de corte pedagógica, es decir, una alegría para enseñar y aprender, digámoslo de esta manera, es un valor agregado dentro del gran capital simbólico del maestro y que siendo bien mediada y meditada, puede pasar de generación en generación; pues posiblemente sea de las herencias más significativas en el infinito mundo de las conciencias ontológicas. Como muchos lo aprecian hoy día, la sociedad en buena medida ha impulsado una ceguera colectiva de tipo emocional, ello fundado en la mirada distorsionada de un tipo de racionalidad tecnológica superpuesta sobre las capas biológicas, culturales, geográficas y ontológicas que deberían guiar finalmente y servir de bitácora espiritual a cualquier ser emocional. Sin querer ni mucho menos intentar echar en saco roto la racionalidad queremos deslindar ello con las agudas e inquietas palabras de Maturana y Verden-Zöller (1993) quienes nos incitan y a la vez invitan a detener

la gran “devaluación de las emociones como rasgos básicos de la existencia humana” (p. 139) entendiendo el existir como un estadio supremamente superior al mero vivir, existir es sentir y percibir con todos los mecanismos sensoriales mientras el vivir atiende a la permanencia biológica y fisiológica en un mundo simple; por ende, los seres con condición humana deberíamos hacer más alegre el vivir conjugándolo y operándolo desde la emocionalidad de un humanismo más estético en tanto imaginación y posibilidades amorosas que reconozcan y legitimen al otro como otro en sí mismo.

Ontogénicamente venimos capacitados para sentir, no obstante, es en el desarrollo cultural, familiar y sensorial que aprendemos a expresarnos desde lo emocional, somos nosotros quienes aprendemos a diferenciar lo racional de aquello que espiritualmente sentimos desde nuestro corazón. Si bien es cierto, un verdadero acto educativo superará lo que Reimer (1973) denominará como “creación y recreación de un modelo social” (p. 71) que muchos hemos visto desde la oblicuidad periférica dándonos cuenta de su estéril e incluso retrógrada forma de conducir procesos que lejos de ser humanísticos lo que han hecho es inculcar la obediencia de los alumnos a ultranza. En suma, un alumno, o en todo caso una persona que acostumbrado a obedecer vivirá apartado eternamente del principio humano de la conciencia crítica, impidiendo que actúe sobre su propia realidad, mucho menos pensar en que puede cambiarla. Será, entonces, necesario y urgente deslindar los procesos y todo lo que ello implica de aquello que sustancialmente le servirá al alumno para cambiar su realidad inmediata.

Evitar a toda costa reproducir complejas amalgamas tradicionalistas será tarea fundamental dentro de las labores de los docentes con mentalidades desiguales, cada uno sabrá rehuir con aguda sospecha en la sabia “búsqueda de nuevos embudos educacionales que aumenten las oportunidades para que cada cual transforme cada momento

de su vida en un momento de aprendizaje” (Illich, 2011, p. 5). Lo cual se desprende de una enseñanza más arraigada en su propia experiencia que en el mismo saber en tanto contenido programático y curricular. Incluso diremos que tales prácticas curriculares obligatorias van suprimiendo del contexto escolar la imaginación en tanto principio creador, decimos esto pues al no propiciar momentos de alegría y gozo la imaginación se va achicando al punto de receptor o recibir con profunda extrañeza aquello relacionado con el disfrute y la felicidad.

La mayor seguridad de un estudiante es su equilibrio emocional, ello hará que su vitalidad crezca cada día aspirando lo mejor pues la salud emocional propicia la creatividad y esta a su vez emana la criticidad justa en los individuos en formación humana. Así como los valores son institucionalizados, también los antivalores llegan a forjarse en las escuelas como lugares comunes, esto en función de que estériles seriedades llegan a anquilosarse en las aulas y ello se lo creen los alumnos muchas de las veces sin saber que otras posibilidades existen para ellos. En resumen, seremos instrumento o mediadores de lucha para mostrar la otra cara de la moneda, ésa que no está contaminada psicológica y actitudinalmente, mucho menos polarizada mediante falsas jerarquías mediadas por el poder y la angustia sembrada en las conciencias débiles y fáciles de manipular.

Los seres vivos somos máquinas que finalmente estamos organizados para operar socialmente de acuerdo a determinadas funciones éticas y morales, éste es un principio bastante frívolo, falta de sustancia y hasta mudable que los sistemas insensibles nos han hecho reflexionar y asumir como ciertos. Al ubicarnos en una escuela tradicional automáticamente nos forman como máquinas estáticas y sin libre conciencia para ser felices y poder reírnos, es allí cuando tendremos que romper ese paradigma y asumir otro tipo de aparatos en tanto seres vivos que Maturana y Varela (1994) denominarán como “máquinas

homeostáticas o autopoieticas” (p. 69) capaces de autorregularse en sí mismos, manteniendo su propia constancia y equilibrio no solamente físico sino también emocional de acuerdo a fenómenos que, incluso, podrán percibirse desde su medio exterior. En consecuencia, un ser humano autorregulado produce una mejor visión del mundo logrando penetrarlo con mejores estrategias sensoriales. Ello, a su vez, le facilitará las relaciones personales llegando a los otros, no solamente con su lenguaje, sino también, con toda su conciencia corporal pues muchas veces, más que con el sentido visual, logramos percibir y sentir con nuestro cuerpo aquello que a la vista se le escapa, de allí que afianzaremos desde nuestro juicio el principio de la visión corporal, entendida como un mecanismo consciente, sensible y estético de nuestro sentido táctil.

Ser feliz a nivel áulico debería ser una función tan vital como respirar, debería ser un curso a lo largo de nuestra formación académica sin que ello sea una camisa de fuerza escolarizante. Es propicio en este justo instante dilucidar el principio de escolarización social, según su forma verbal infinitiva apunta a la enseñanza obligatoria a la cual se someterán los ciudadanos de un sistema a lo largo de todos los niveles educativos, siendo así, nos encontraremos con un primer muro de contención que es el sentido de obligatoriedad lo cual será un lugar común de rechazo entre muchos alumnos. En definitiva, la obligación conlleva reglas y justo allí donde impera la conducción reglamentada habrá resistencia emergiendo de ello una ruptura de la ley cuyas consecuencias generalmente culminan en castigos y sanciones que finalmente dejarán improntas negativas en aquellos quienes se han atrevido a romper los límites de la tradición educativa más clásica.

Precisamente, la ruptura antes mencionada, supondrá una abrupta separación de maestros y alumnos frente a todas las culturas dogmáticas anquilosadas en cada sistema extensivo a muchas personas de fácil manipulación, borrando de sí mismo

lo más importante desde el punto de vista ontológico: su libre vuelo hacia la infinitud del pensar. Sin lugar a dudas, ser infeliz e inauténtico es mucho más fácil cuando no existen las fuerzas para luchar en pro de un cambio social. En torno a esto, Ponce (1970) nos dice que, para “no entrar en conflicto con la autoridad” (p. 53) un sistema sencillamente reproducirá un modelo de inteligencia proclive al vacío existencial. Después de todo, tendremos que conflictuar (nos) frente a una tradición educativa poco propensa a la risa en tanto puente capaz de generar nuevas formas de enseñanza y aprendizaje, una alegría como ingrediente para llegar a la cúspide de la originalidad, el entusiasmo y el coraje vital para un justo y urgente cambio socioeducativo.

Claro está, no todo será un mar de risas en la escuela, ello simplemente será una vía para conciliar nuestro ser y nuestro intelecto con el espíritu de una tradición racionalista necesaria para desarrollar la inteligencia social vital para el progreso. Muy a pesar del atraso espiritual que produce el dogmatismo, esta forma de pensar y actuar ha conducido a muchas personas en la historia hacia un absolutismo árido en tanto carencia de amenidad y goce ontológico. En función de ello, nos encontramos con las palabras de Rojas (2018) al decir que todo dogma en tanto fanatismo hace prosperar las emociones negativas del temor, el odio y la desesperanza, pues con ello se abona el terreno de una dialéctica más propensa a la subordinación socioeducativa, justo allí donde el sentir emocional del estudiante se difumina sutil y paulatinamente.

En un proceso de dominación y subordinación educativa será necesario hablar de ruidos comunicativos; más allá de los obstáculos mecánicos, tecnológicos ambientales y fisiológicos planteados desde las teorías comunicativas habrá la urgente necesidad de plantear un detonante negativo que acá presentaremos como una barrera fenomenológica. Tal obstrucción se verá

reflejado cuando los mediadores a nivel escolar expresan sus ideas de manera compleja impidiendo con ello que sus receptores digieran de una manera más humana, sensible y estética aquello que su emisor construye de forma intrincada, mucho más cuando obvia la relación entre teoría y práctica, esto últimos lo declararemos como el ingrediente más abundante en la receta de la mala praxis escolar. Ante esta problemática, Kaplún (1998) esgrimirá un tipo de “ruido imposible de superar” (p.182) en tanto el comunicador se sentirá ofendido si acaso alguien del público plantea la necesidad de cambio o alternativas disímiles para aprender desde otros modelos.

Lo anterior es una muestra fehaciente de un tipo de mediador encerrado en nicho de cristal, su luz se produce y regenera solo para él mismo, él cree repartirlo y, ciertamente ocurre, pero de una manera extremadamente limitada. El egoísmo llevado a su máxima expresión termina convirtiéndose en dogma, a su vez este último cercena toda clase del accionar más importante de los seres sentipensantes: El amor compartido. Si la figura del otro no es el destino amoroso, sucederá un equívoco perjudicial para cualquier sistema, el cual se agudizará y reproducirá irreversiblemente si es el escenario escolar. Nos referimos a aquel donde el destinatario es el propio comunicador, esta persona es cara y cruz de una misma moneda que no se construye desde las necesidades del otro, sino que su edificación ética y emocional atiende a sus más caros intereses.

Como razón vital y vigorosa tendrá que emerger una fuerza en fusión social que derribe todas las barreras educativas, a sabiendas de que ello se ramificará a otras estructuras y escenarios sociales más allá de lo escolar. Tal causa motivadora será lo que acá denominaremos amor con raíces sensibles necesario para direccionar la praxis educativa, centrado en un mediador deslastrado de toda clase de miedos, capaz de ser parte de aquello que Luhmann (2008) llamará “sistemas funcionalmente diferenciados cuyas

modificaciones profundas y trascendentales partirán de una semántica amorosa” (p.23), urgente en la formación de ámbitos más armónicos, ello no es otra cosa sino la continuación de la vida en tanto experiencias cruzadas de relaciones personales positivas y significativas. Es así como diremos que el amor asimilado como cima de todos los valores humanos será la piedra de toque con la cual cada estudiante comprobará lo más genuino que tienen sus docentes, nos referimos a la comprensión amorosa que brindará éste a sus alumnos permitiéndoles cruzar el puente de una transición evolutiva la cual despejará al ser de sus obstáculos más acentuados.

Incluso esa misma piedra de toque posibilitará la comprobación y diferenciación de lo educativo y pedagógico por parte de los estudiantes, pudiendo este entender la primera como el sublime arte de enseñar y la segunda como una ciencia capaz de brindar herramientas, recursos y técnicas para conducir procesos de enseñanza y aprendizaje de manera más adecuada y cónsona a los contextos escolares. Para que ello se lleve a cabo será necesario “romper prejuicios académicos que traban e impiden su desarrollo” (Nassif, 1958, p. xiii) y de esa manera abrir una brecha luminosa hacia el camino de la libre conciencia, encontrando allí las raíces biológicas e históricas del conocimiento sensible y práctico vital para los procesos educativos hoy día. Tal rompimiento, sin lugar a dudas coadyuvará a los procesos educativos en tanto artes liberales, sobre todo del primer grupo que en Latín posibilitaba la elocuencia, la dialéctica y la retórica o lo que sería lo mismo, a saber, expresarse bien y buscar la verdad mediante un fino uso del lenguaje adquirido mediante una cultura educativa más centrada en los requerimientos circunstanciales del estudiante.

Una de las grandes misiones a cumplir por parte del docente será el poder contrarrestar todas las prácticas que a nivel escolar conllevan un profundo rechazo, justo

allí el sujeto se debatirá entre aquello que un estéril sistema exige y aquello que la cultura humanística propone. En ese momento emergerá un dilema entre el maestro y su realidad y que precisamente Dilthey (1960) denominará “conflicto entre la exigencia de su gran profesión y esos esfuerzos perseguidos durante algún tiempo” (p. 12) devenidos estos últimos en buenas acciones pedagógicas. Quedará así demostrado que, muchas veces, las normas impuestas a nivel jerárquico conducen a inciertos caminos donde las competencias, los talentos y sobre todo el principio de oportunas respuestas a incertidumbres por medio de la curiosidad quedarán totalmente anuladas.

Después de todo se trata de tener como norte la superación de todo tipo de obstáculo guiado por la grandeza de poder soñar, fantasear, e ilusionarse al punto de alcanzar el paroxismo de una utopía, justo desde allí la codicia abraza al ser obligándolo a trabajar por aquello que desea cambiar. Cury (2007) advierte que soñar es el mayor desafío que todo ser se plantea en la vida al punto que “hasta el miedo a perder llega a producir coraje” (p.2) siempre y cuando el contexto esté permeado por el sueño inspirador, alentador y guía en el camino de una existencia más depurada de toda clase de barreras psicológicas. En suma, jamás deberá abdicarse ante un sueño que impulsa y propulsa toda actividad a su feliz realización, es ese sueño de libertad y conquista al cual se deben los grandes maestros en el área educativa, desde el soñar se alimenta el espíritu de la pasión que suele rugir como el mejor de los motores de alta cilindrada en las más altas competencias.

Un sueño conducente a la felicidad solo es posible que nazca en la mente creativa y propositiva de quien posibilita cambios urgentes, en este caso como ya se ha dicho de los escenarios socioeducativos más propensos a lo tradicional. De todo ello sostendremos con absoluta convicción que todo aquel maestro que no lucha por un sueño está eternamente condenado a fenecer en el

desierto de la inacción. Por ende, el maestro soñador siempre tendrá un planteamiento de belleza conducente a la solución de problemas allí donde la oscuridad y el retraso abraza al contexto escolar, diciendo además que todo sueño de conquista es uno de los principales deberes éticos y morales de la inteligencia de los maestros guerreros y audaces.

Ser feliz entonces habrá de entenderse como un deber moral del espíritu, alentado, claro está, por un grado estético de la responsabilidad que se siente y se practica desde todos los sentidos, sobre todo desde el sentido intuitivo y fenomenológico de la comprensión del otro. Justo allí cobran vida las palabras de Spranger (1966) cuando arguye que el imperativo categórico de la responsabilidad moral en cada ser es dar con el paradero de “la libertad de conciencia que quiere levantar al otro” (p. 26) pues su libre expresión es enteramente amorosa y sutil hasta materializar sus acciones comunicativas en hechos tangibles. Sin lugar a dudas, todo ejercicio educativo basado en el amor echará raíces en tierra capaces de alcanzar las más altas cimas celestiales, sobre todo cuando el acto lingüístico es excelso y elocuente, evitando circunloquios innecesarios de corte bizantinos.

En virtud de lo anterior, diremos que evitar toda clase de enredos será parte de un tipo de inteligencia proclive al desarrollo de una educación más depurada de vicios, sobre todo aquel que está basado en complejas, intrincadas y enrevesadas explicaciones. Al momento de explicar algo en el aula debe haber seguridad por parte de quien emite juicios de saber, digamos que la certeza entendida como una especie de ánimo se convertirá en un motor de alta revolución capaz de impulsar el deseo en los alumnos hacia el conocimiento práctico. Tales premisas verán su afirmación en las palabras de Harari (2014) cuando sostiene que “la confianza en uno mismo hace que las personas sean más felices” (p. 1489) siendo precisamente esa confianza el detonante capaz de imbricar al

docente con sus estudiantes quienes serán el hilo conductor entre su maestro y el saber, quedando ellos, ineluctablemente prendados de un conocimiento más humanizado y sensible.

Definitivamente, la confianza en uno mismo es la confianza en el otro, procesos de reciprocidad vitales para alcanzar el gran objeto del deseo en el aula: la aceptación del otro como parte de mí mismo. Habiendo empatía y confianza entre alumnos y profesores se asegurará una educación más liberada de vicios históricos, con absoluta firmeza diremos que un maestro que brinda confianza positiva se convertirá en un pequeño Dios a nivel escolar “cuyo espíritu animará todas las almas” (Huxley, 2000, p. 27) y ese ánimo será el motor generador de un coraje ante la vida para ser diferente en tanto autenticidad creadora del ser. Después de todo, la no existencia de la confianza denota un ego agrandado producto de actitudes enteramente individualistas donde impera el personalismo a ultranza, emergiendo allí una cultura aislada carente de valores recíprocos.

Nuestra gran preocupación en este texto gira en torno a un tipo de felicidad cuya base es la comprensión mutua, producto de un entendimiento disímil de la engañosa realidad que platean los sistemas tradicionalistas. Es por ello que la confianza será necesaria de parte y parte, alumnos y maestros deben confiar los unos en los otros para poder construir de manera conjunta una nueva realidad basada en valores y creencias, ello permitirá aflorar las grandes voluntades que son las que más nos animan a evolucionar como seres, definitivamente la voluntad es la gran fuerza que mueve al mundo. Tal voluntad como expresión absoluta de quienes se comunican intensamente lleva una esencia que Lacan (2009) llamará “triplicidad del sujeto” (p. 26) en vista de que una persona se comunica con otra no solamente con lenguaje sino con el alma, digamos que el alma que anima es el tercero incluido y allí estará fundada tal triada que al estar conjugadas

de lenguaje e intenciones configurará a un ser más comprensivo del aspecto real de sus congéneres.

La confianza en sí mismo será el gran puente para lograr la concomitancia espiritual en el aula, un ser abrazando a otro ser sin que haya ningún contacto físico, como todos sabemos hoy día se corren riesgos cuando el maestro tiene contacto físico con sus estudiantes, de allí que una manera de hacer contacto con ellos es de modo ontológico, es decir desde el ser que es superior a todo lo material y físico en la Tierra. Para establecer una comunicación ontológica y hasta sagrada con los alumnos será vital “acercarse en la cercanía” (Heidegger, 1993, p. 159) ya que muchas personas estando cerca se diluyen en la no existencia pues al no hablar estética y sensible a su ser más inmediato lo único que logran es desaparecer, digamos que tal desvanecimiento termina aniquilando los unos a los otros. En tal evento quien más pierde es el alumno pues es en ese escenario escolar, educativo y pedagógico donde tiene que aprenderse a tratar al otro como a uno mismo, con lo sagrado que el caso representa.

Lo más perjudicial de todo es que esta sociedad ha desencadenado todo tipo de ritos en torno al éxito material, ello ha gangrenado hasta el sistema educativo donde afloran los discursos razonados del porqué hay que obtener un título con miras a obtener lo material. Eso sin lugar a dudas es positivo puesto que en un mundo globalizado lo mercantil en tanto bienestar económico permitirá el acceso a una vida más cómoda, no obstante el valor de la confianza espiritual se va apartando de nuestra existencia, algo que es vital pues nos saca de la zona confortable haciéndonos más deseosos de lo intangible lo cual nos aparta de eso que Krisnamurti (2017) llama “una conformidad conducente a la mediocridad” (p. 3) lo cual es dañino para un proyecto de vida que se queda a medias sin la incursión de esa confianza que garantiza una vida pacífica y armónica a nivel interior. Lo material, en definitiva ha venido sofocando a

lo espiritual al punto de aniquilarlo en muchos seres humanos, de allí que la escuela no escape de esto y es justo en ese instante que recomendamos bucear en el otro mediante la reflexión lógica, inteligente y sensible, quitándoles temores mediante el humor que logra extraer de cada alumnos risas sanadoras, mientras más capas de temores apartemos de nuestros estudiantes más desobstruiremos sus grandes limitantes de su paso por el mundo, logrando que comprendan mejor su existencia.

La principal capa que debemos apartar en nuestros alumnos para ser más felices será el mal temperamento. Esto nos arroja de manera súbita hacia las malas respuestas cuya principal característica es la falta de freno a nivel de la enunciación. Dicha enunciación suele llevar a muchas personas a la violencia y a la agresión física, alimentando aquello que Séneca (2003) ve como una agitación que reclama una “sed de guerra” (p. 1) para construir el más improductivo de los resentimientos y esto, a su vez, edifica a un vindicador que busca restituir honores que jamás han sido vulnerados. En suma, el desenfreno iracundo deshumaniza al ser pues lo hace olvidar que es un ser racional, lógico y sensible lo cual le exime de toda felicidad y alegría en el ámbito escolar.

Una forma de contrarrestar los resentimientos y los malos humores es precisamente riendo, pero esta forma de reír deberá ser en buena tónica y favorable a toda una comunidad, sin que el otro se sienta atacado, eso no afloraría la ingeniería creativa ni mucho menos el entusiasmo estético. Este tipo de estética humorística permitirá que a una crisis pandémica sanitaria como la que ya conocemos le incrementemos otra de tipo emocional como lo es la ira, el revanchismo y hasta la envidia lo cual genera resultados deleznable en los contextos áulicos y en fin en todo el medio que nos rodea. Por ello, y valiéndonos de una afirmación de García Cerrada y Fernández Solís (2010) se sostendrá que “el buen humor en tanto sentido de vida te saca del imperioso reino del desánimo y

la desilusión” (p. 8) siendo esto vital pues el gran reto del ser humano en estos tiempos es precisamente salirse del rebaño universal de la apatía incongruente, esa no-forma de muchas personas cuya esencia se ha ido diluyendo y desdibujando a través de una cotidianidad vacua y sin faro que lo guíe a buen puerto.

El buen humor afianza una mejor y más clara percepción del mundo, es una especie de filtro que permite una decantación de aquello que nos hace la vida más borrosa y hasta engañosa. Descubrirse riendo significa progresar de manera desigual si establecemos una analogía con el sistema educativo más convencional donde la felicidad y la alegría es desplazada por la seriedad improductiva. Dicha gravedad, en la mayoría de los casos obstruye el sentido de la vida, de allí que Greimas (1973) recomienda “extirpar el sentido de los objetos significantes” (p.2) y es precisamente la risa productiva venida de una inteligencia superior, la que hace que lo medular de la vida no se evapore en medio de tanta nadería terrenal.

Como lo dijimos anteriormente, es la inteligencia de cada ser la que reclama los mejores y más vitales principios, siendo el principal de ellos el que compete a la madurez psicológica, esto sin que se confunda con dejar de jugar, más bien se trata de aumentar nuestras capacidades lúdicas. Este florecimiento del ser en todos los sentidos se da de manera paulatina, para ello será fundamental errar para poder superar los obstáculos epistemológicos cotidianos, tal como lo expresa Bettelheim (1978) estos desaciertos son el gran puente para “de manera progresiva adquirir una sabiduría que es paulatina y se forma desde los orígenes más irracionales” (p.10) lo cual es una idea bastante pertinente al hablar de felicidad en función de que eso también forma parte de nuestro diario crecimiento. Hablar diáfano es necesario en estos casos, es paradójico pedirle a un infante, niño, adolescente o joven que supere aquello que nosotros superamos incluso a una edad mayor a la que ellos tienen,

de allí que debemos comprender sus falencias y así fortalecerlos para que en su vida lleguen nuevas experiencias donde igualmente tienen cabida tanto el éxito como el fracaso conducente a un aprendizaje más humano.

Para ser feliz es necesario amar de verdad, para amar de verdad es necesario conocer de cerca la alegría, es allí donde realmente se alcanza una madurez espiritual donde se le da el puesto a un otro que finalmente soy yo mismo tratándome de manera más estética, sensible y amorosa. Para conocer a ese otro será necesario amarlo, no se logrará conocer jamás aquello que no se ama, por esta sencilla razón será urgente que conozcamos a nuestros estudiantes mediante la justa comprensión de sus circunstancias. En una sociedad donde todos queremos ser amados sin entender qué es el amor, será necesario reflexionar en torno a la capacidad que realmente tienen las personas para asumir el amor sublime, desinteresado y de entrega total.

En estos tiempos de tanta complejidad emocional es urgente volver a la centralidad de nuestros seres donde reposan los más sublimes de los sentimientos, siendo necesaria un gran incentivo que haga despertarlos y ponerlos en acción comprensiva. Desde esa perspectiva, se evidencia que todos aquellos quienes rompen el paradigma emocional en tanto obstáculo educativo han logrado adentrarse significativa y productivamente en el ser de sus alumnos llevándolos a un progreso espiritual inmediato. Esto último asegura una gestión más humanística que, finalmente, es el gran salto cualitativo a lo que hemos venido proponiendo, es decir, pasar al paradigma del amor comprensivo a nivel de todos los estadios escolares. En todo ello es fundamental la correspondencia amorosa entre estudiantes y maestros, digamos que tal sentimiento compartido es la expresión absoluta y más natural del amor productivo, tal como resalta Singer (1992) “quien ama hace valioso al amado pues se liga junto a él al punto de comprometerse” (p. 21) y es

ello lo que necesitamos hoy día, maestros y estudiantes comprometidos con la justa causa del amor constructivo, original y altruista. Esto será efectivo, dinámico y alentador siempre que maestros y alumnos estén dispuestos a despojarse de capas viciosas ya anquilosadas en el sistema educativo tradicional, de no ser así seguiremos repitiendo más de lo mismo y con ello sucumbir a la sima del atraso ontológico.

Referencias bibliográficas:

- Austin, J. (1990). *Cómo hacer cosas con palabras*. Barcelona, España: Editorial Paidós, S.A.
- Bettelheim, B. (1978). *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*. Barcelona, España: Editorial Crítica, S.A.
- Cury, A. (2007). *Nunca renuncies a tus sueños*. Barcelona, España: Ediciones Minotauro.
- Dilthey, W. (1960). *Historia de la pedagogía*. Buenos Aires: Editorial Losada, S.A.
- García Cerrada, J. y Fernández Solís, J. (2010). *El humor gráfico como herramienta pedagógica*. En: *Español con humor*. E. Morote (Coord.). Alcalá de Henares, España: Fundación Comillas y Fundación General de la Universidad de Alcalá.
- Greimas, A. (1973). *En torno al sentido*. Madrid: Editorial Fragua.
- Heidegger, M. (1993). *Ser y tiempo*. México, D.f: Fondo de Cultura Económica, S.A.
- Harari, Y. N. (2014). *De animales a dioses. Una breve historia de la humanidad*. J. Aragonès (Trad.). Editor digital: Titivillus. <http://biologia.utalca.cl/wp-content/uploads/2018/01/De-Animales-a-Dioses.pdf>
- Huxley, A. (2000). *Sobre la divinidad*. Barcelona, España: Editorial Kairós, S.A.
- Illich, I. (2011). *La sociedad desescolarizada*. Buenos Aires: Ediciones Godot.
- Kaplún, M. (1998). *Una pedagogía de la comunicación*. Madrid: Ediciones de la Torre.
- Kandinsky, W (1989). *De lo espiritual en el arte*. Tlahuatán, Puebla: Premia Editora, S.A.
- Krisnamurti, J. (2017). *La educación y el significado de la vida*. Barcelona, España: Ediciones Obelisco, S.L.
- Lacan, J. (2009). *El seminario 3. Las psicosis*. Buenos Aires: Editorial Paidós.
- Luhmann, N. (2008). *El amor como pasión*. Barcelona, España: Ediciones Península.
- Maturana, H. y Varela, F. (1994). *De máquinas y seres vivos*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria, S.A.
- Maturana, H. y Verden-Zöller, G. (1993). *Amor y juego. Fundamentos olvidados de lo humano. Desde el patriarcado a la democracia*. Santiago, Chile: Editorial Instituto de Terapia Cognitiva.
- Nassif, R. (1958). *Pedagogía general*. Buenos Aires: Editorial Kapelusz, S.A.
- Ponce, A. (1970). *Humanismo y revolución*. México, Distrito Federal: Siglo XXI Editoriales, S.A.
- Reimer, E. (1973). *La escuela ha muerto. Alternativas en materia de educación*. Barcelona, España: Barral Editores, S.A.
- Ricoeur, P. (2006). *Si mismo como otro*. Madrid: Siglo XXI Editores, S.A.
- Rojas, R. (2018, julio 31). "Nuestro desafío". *El Universal*. <https://www.eluniversal.com/el-universal/29271/nuestro-desafio>
- Séneca, L. A. (2003). *De la ira*. Biblioteca Virtual Universal. <https://www.biblioteca.org.ar/libros/89740.pdf>
- Singer, I. (1992). *La naturaleza del amor*. México, D.F: Siglo Veintiuno Editores, S.A.
- Spranger, E. (1966). *Cultura y educación*. Tomo I: Parte histórica. Madrid: Editorial Espasa-Calpe, S.A.